

La materia de los sueños

■ En “El gato encerrado” y en “Clásicos de traje gris” está el mejor Trapiello, el escritor que utiliza el idioma con soltura, el individuo que piensa y que acaba contagiando la pasión con la que argumenta

“El gato encerrado (1987)”

Andrés Trapiello. *Pre-Textos*, Valencia, 1991

“Clásicos de traje gris (1978-1990)”

Andrés Trapiello. *Ediciones de la Diputación de Albacete*, 1991

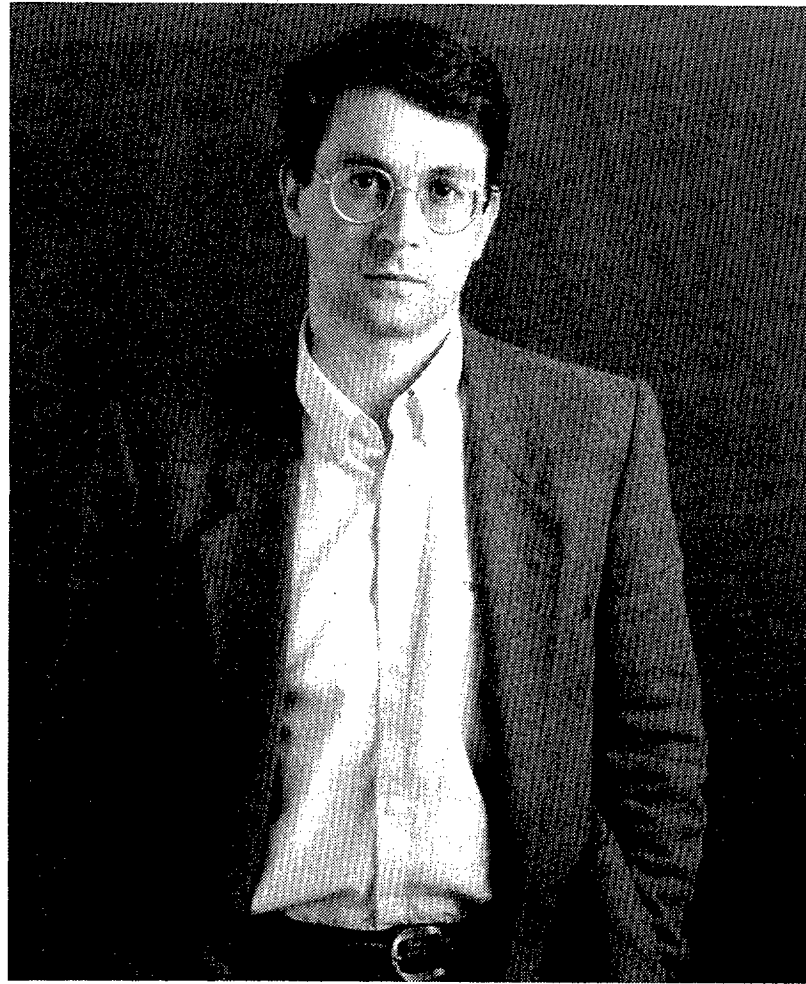
FERNANDO VALLS

Para muchos de los que seguimos los avatares de la literatura española más reciente, Andrés Trapiello empezó siendo un curioso y algo extravagante editor, que iba imprimiendo los libros que queríamos leer y no hallábamos en el mercado, o que en algún momento de delirio nos hubiera gustado editar, tal y como él lo hacía. Después emergió el poeta, el excelente prosista (articulista, crítico y antólogo) y, por último, el narrador.

Pero la imagen que se me impone de Trapiello, aunque puede sonar ridículo escribir en este tono de un señor que nació en 1953, es la de un inteligente y ameno conversador, apasionado en sus siempre personales juicios. Digo esto porque en su

charla, en su propia personalidad, en su agitada e implacable curiosidad por ciertos temas y autores, hallamos en síntesis su dedicación a gran parte de las facetas de la literatura. “Sin escepticismo –leemos en el diario– no puede escribirse literatura. Sin entusiasmo no podría leerse.” (p. 18).

Trapiello es, ante todo, y más allá de los géneros, un escritor, un creador, en el mismo sentido en que él le aplica el término a José Gutiérrez Solana. El que utilice un género u otro ya es una decisión, desde luego, no menor, que estriba en adecuar un estilo y una lengua a unas reglas más o menos elásticas. Ahora ha aparecido la primera entrega de un diario, “El gato encerrado (1987)”, que el mismo autor define como “impromptus, casualidades” (p. 56), y que pronto tendrá continuación. Así como un volumen, que vale como diario de lecturas del autor, que recoge reseñas (es modélica la que le dedica al libro de González Egido sobre Unamuno), prólogos, retratos literarios y conferencias, con el sugestivo título, que acuña un término que seguiremos usando, “Clásicos de traje gris”. En las páginas de estos dos textos hallamos al mejor Trapiello, al escritor que maneja la lengua con soltura, al individuo que piensa, con el que podemos



Andrés Trapiello, un escritor más allá de los géneros

estar o no de acuerdo, pero siempre nos interesa lo que dice, pues nos acaba contagiando la pasión con la que argumenta.

Los valores literarios

“Los diarios –podemos leer en esta páginas– son a la literatura lo que el yogur a la dieta: un privilegio de las naciones bien alimentadas.” Por desgracia, nuestro país ha sido más amigo de guisos fuertes y de pesada digestión que de la comida refinada. Aunque parece que las cosas empiezan a cambiar, pues en estos últimos años han aparecido, entre

otros, los diarios de Gimferrer, A. Susanna, M. Sánchez-Ostiz, J. C. Llop y J. L. García Martín.

Cree Trapiello, y no le falta razón, que para pensar sobre cualquier escritor no hay que tener más mérito que el haberlo leído con atención, honestidad en los juicios y se supone que cierto gusto. Con este triple bagaje se enfrenta, en sus “Clásicos de traje gris”, a toda una serie de autores españoles que hoy no gozan del reconocimiento del público, artistas de otro tiempo que ya apenas frecuenta el lector español: Unamuno, Baroja, Azorín, Azaña, D’Ors, Solana, Cansinos-Asséns, A. Sala-

zar, V. Risco, Foxá, Bergamín, etcétera. Pensando sobre ellos medita el autor sobre nuestra literatura contemporánea y sobre la siempre sorprendente fluctuación de los valores literarios. Así, sin cortarse un pelo, lucha contra tópicos y opiniones establecidas y defiende estos retratos sobre impresiones personales y juicios de valor; por ejemplo, arremete contra la vanguardia y la generación del 27, y su maestro Góngora, y defiende una literatura en la que predomine la llaneza, la verdad, la idea, la emoción y el pensamiento (la de, por ejemplo, Unamuno, Baroja o A. Machado) frente a lo que a él le parece inútil e inocuo artificio. Lo dice bien claro: “Uno siempre ha preferido el mal estilo de un buen escritor a los escritores malos que bordan con esmero sus pamplinas, los estilistas, los artificiosos”; o, más adelante: “sólo juegan con las palabras quienes no creen mucho en lo que ellas son capaces de decir”.

El mayor atractivo del libro, por tanto, está precisamente en esa libertad con que escribe, en la punzante arbitrariedad de sus juicios y –como ya señalamos– en la pasión con que los expone. Y sus mayores aciertos en los retratos que traza de Ramón, J. Pla (“Pla es para mí como el cerdo, se aprovecha todo”) y Sánchez Mazas. Pero tampoco falta en estas páginas el irónico distanciamiento, producto de la perplejidad, como en esa pequeña joya que da título al volumen, en el que nos narra –de manera emblemática– la exhumación de los restos mortales de Azorín; o el humor socarrón, al relatarnos –en unas páginas antológicas– su entrevista con Clotilde Blanco, la esposa de Miguel, uno de los hermanos de Solana.

¿Hay aquí gato encerrado? Quizás el arte del escritor consista, a pesar de la cita de Carner, precisamente en eso, en hacernos ver –como casi siempre logra Trapiello– un gato en una habitación oscura. Sobre todo cuando no está. ●